

granadas de que se ve ya separado por el caudaloso Danubio, y de decirse á sí mismo al perderlas de vista: — ¡ Yo quisiera pelear con este pueblo naciente por la fecunda libertad! — Y luego involuntariamente repite estas estrofas de uno de los cantos populares que le ha traducido su dragoman:

« Cuando brilla el sol de la Servia en las aguas  
« del Danubio, parece que arrastran las hojas de  
« las cuchillas y los resplandecientes fusiles de  
« los Montenegrinos. ¡ Cuanto es dulce sentarse  
« á la orilla de este rio de acero que defiende á  
« la Servia, y mirar pasar hechas pedazos las  
« armas de nuestros enemigos!

« El viento de la Albania que baja de los mon-  
« tes y penetra en las selvas de la Schumadia,  
« produce en ellas ecos semejantes á los gritos  
« del ejército turco en la derrota de la Morawa.  
« ¡ Cuán dulce es este murmullo á los oidos de  
« los Servios independientes! ¡ Cuan dulce es  
« despues del combate, descansar muerto ó vivo,  
« al pie de un roble, que como nosotros, canta  
« su libertad! »

FIN DE LOS APUNTES SOBRE LA SERVIA.

## RELACION

DE LA

## RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

—

Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estiende desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tribus árabes que habiamos encontrado durante el dia, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre sí mismas, ya con los grandes pueblos que las rodean, tratábamos de descubrir el misterio de su origen, de su destino y de la admirable perseverancia del espíritu de raza que separa de las demas familias humanas á aquellas tribus, y las tiene, como á los Judíos, no fuera de la civilizacion, sino en una civiliza-

cion peculiar y tan inalterable como el granito. Cuanto mas he viajado mas me he ido convenciendo de que las *razas* son el gran secreto de la historia y de las costumbres. El hombre no es tan educable como pretenden los filósofos. La influencia de los gobiernos y de las leyes está muy lejos de obrar tan radicalmente como se cree sobre las costumbres y los instintos de un pueblo, al paso que la constitucion primitiva, la sangre de la raza, obra siempre y se manifiesta al cabo de miles de años en las formas físicas ó en los hábitos morales de la familia ó de la tribu. El género humano corre por rios y por arroyos al vasto océano de la humanidad, pero mezclando en él sus aguas lentamente, y á veces no mezclándolas, y volviendo á salir, como sale el Ródano del lago de Ginebra, con el gusto y el color de sus aguas. Hé aquí un abismo de ideas y de meditaciones, y un gran descubrimiento para los legisladores. Todas las tentativas de mejoras hechas en el sentido de este espíritu de raza han surtido buen efecto, todas las que se han hecho contra esta predisposicion na-

tural se han malogrado, pues la naturaleza tiene mas poder que ellos. Esta idea que no es la de los filósofos modernos, es sin embargo evidente para el viagero, y mas filosofia se aprende en cien leguas de caravana que en diez años de lecturas y de meditaciones. Contento de errar así á la aventura, sin mas ruta que mi capricho, por medio de desiertos y de países desconocidos, decia yo á mis compañeros y á M. Mazolier, mi dragoman, que á hallarme solo y sin afeciones de familia, esa seria la vida que á mí me agradaria pasar. Mi deseo seria no dormir jamas dos dias seguidos en el mismo sitio, pasear mi tienda de campaña desde las orillas de Egipto hasta las del golfo Pérsico, no pensar por la noche mas que en la oscuridad, recorrer con la planta, con la vista y con el corazon todas aquellas tiendas desconocidas, todas aquellas castas de hombres tan distintas de la mia, contemplar bajo todas sus formas la obra admirable del Criador, la humanidad. Y para eso, ¿qué se necesita? algunos esclavos ó criados fieles, armas, un poco de oro, dos ó tres tiendas, y otros tan-

tos camellos. El cielo de aquellos países es casi siempre templado y puro, la vida fácil y barata, la hospitalidad segura y pintoresca. Por mí, yo preferiría cien veces los años pasados así bajo diferentes cielos con huéspedes y amigos siempre nuevos á la esteril y ruidosa monotonía de la vida de nuestras capitales. Mas dura es seguramente la vida de un hombre que vive en las sociedades de Londres ó de París que la del viajero que recorre todo el universo. El resultado de estas dos fatigas es sin embargo muy distinto; el viajero parece ó vuelve con un tesoro de ideas y de saber; el hombre sedentario de nuestras capitales envejece sin conocer y sin ver, y muere tan ignorante como el dia en que nació. Yo deseaba, decia yo á mi dragoman, atravesar esos montes, bajar al gran desierto de Siria, llegarme á algunas de aquellas grandes tribus desconocidas que lo habitan, recibir allí la hospitalidad durante algunos meses, pasar luego á otras, estudiar los puntos de analogía y las diferencias que hay entre ellas, seguir las desde los jardines de Damasco hasta las orillas del Eufrates, y á los

confines de la Persia, descorrer el velo que encubre aun esa civilizacion del desierto, civilizacion de donde ha nacido y donde ha de volverse á encontrar un dia el espíritu caballeresco; pero el tiempo nos falta; no veremos mas que las orillas de ese océano cuya estension nadie ha recorrido todavía. Ningun viajero hasta este dia ha penetrado en aquellas innumerables tribus que con sus tiendas y sus ganados cubren los campos que cultivaron los patriarcas; el solo hombre que lo intentó no existe ya, y con él se han perdido los apuntes que habia llegado á reunir en los diez años de su residencia entre aquellos pueblos: ese hombre era el señor de Lascaris.

Nacido en el Piamonte, de una de aquellas familias griegas que se trasladaron á Italia despues de la conquista de Constantinopla, el señor de Lascaris era caballero de Malta cuando se apoderó Napoleon de esta isla. El señor de Lascaris, muy joven todavía, le siguió á Egipto, se unió á su fortuna, quedó fascinado por su genio, fué uno de los primeros que comprendieron los

grandes destinos que reservaba la Providencia á un joven digno de los tiempos de Plutarco, en una época en que todos los caracteres se hallaban gastados, debilitados ó corrompidos. Mas di-  
ré, comprendió que la grande obra que su heroe tenia que llevar á cabo, no era acaso la restauracion del poder en Europa, obra que la reaccion de las ideas hacia necesaria y por consiguiente facil; presentia que el Asia ofrecia un campo mas vasto á la ambicion regeneradora de un heroe, que allí habia qué conquistar, qué fundar, qué renovar muy mas en grande que en ninguna otra parte; que el despotismo, de corta duracion en Europa, seria largo y eterno en Asia; que el grande hombre que llevase allí la organizacion y la unidad haria mucho mas de lo que hizo Alejandro, mas que pudo hacer en Francia Bonaparte. Parece que el joven guerrero de Italia, cuya imaginacion era luminosa como el Oriente, vaga como el desierto, inmensa como el mundo, tuvo con el señor de Lascaris conversaciones confidenciales sobre este particular, y lanzó su pensamiento como un relámpago hácia

el horizonte que su destino le abria. No fué mas que un relámpago y es lástima; es evidente que Napoleon era el hombre del Oriente y no el hombre de la Europa. Acaso se reirán de esto mis lectores; esto parecerá á muchos una paradoja, pero consúltese á los viajeros. Bonaparte, de quien se quiere hacer hoy el heroe de la revolucion francesa y de la libertad, no comprendió nunca esta é hizo abortar aquella. Las páginas todas de la historia lo probarán cuando se escriban bajo otras inspiraciones que las que la dictan hoy. Bonaparte ha sido la reaccion encarnada contra la libertad de la Europa, reaccion gloriosa, estrepitosa, brillante, pero nada mas. En prueba de esto, pregúntese que es lo que queda hoy en el mundo de Bonaparte sino es una página de batallas y otra de una inhabil restauracion. Nada en efecto, nada ha quedado de él mas que su nombre y su gloria militar.

En Asia hubiera removido á los hombres á millones, y hombre de ideas sencillas él tambien, habria con dos ó tres ideas elevado una civilizacion monumental que le habria sobrevivido

mil años : pero cometi6se el error. Napoleon escogió la Europa ; solamente quiso dejar detras de sí un esplorador que reconociese lo que allí habia que hacer, y que trazase el camino de la India para cuando se le abriese su fortuna : este esplorador fué el señor de Lascaris. Partió con instrucciones secretas de Napoleon y con las sumas necesarias para su empresa, y fué á establecerse en Alepo para perfeccionarse allí en el idioma árabe : hombre de mérito, de talento y de luces, fingió una especie de monomania para cohonestar su residencia en Siria y su obstinacion en relacionarse con todos los árabes que, del desierto, llegaban á Alepo, y al cabo de algunos años de preparativos, acometi6 por fin su grande y peligrosa empresa. Recorrió con diversa suerte y bajo disfraces sucesivos todas las tribus de Mesopotamia y del Eufrates, y volvió á Alepo, ufano con los conocimientos que habia adquirido, y con las relaciones políticas que habia preparado á Napoleon.

Pero mientras llenaba el señor de Lascaris de este modo su mision, la fortuna derribaba á su

heroe. Supo aquel la caida de Napoleon el día mismo en que volvía á llevarle el fruto de siete años de esfuerzos y de peligros : este golpe inesperado fué mortal para él : pasó á Egipto y murió en el Cairo, solo y desconocido, dejando por única herencia sus apuntes. Dicese que el consul inglés recogió estos preciosos documentos que podian llegar á ser tan perjudiciales para su gobierno, mas no se sabe si los destruyó ó si los envió á Londres.

¡ Qué lástima, decia yo á M. Mazolier, qué lástima que se haya perdido para nosotros el resultado de tantos años y de tantos afanes ! — Algo queda de ellos, me respondi6 ; yo conocí en Latakié, mi patria, á un joven Arabe que acompañó al señor de Lascaris en todos sus viages. Cuando murió este, volvió privado de todo recurso á casa de su madre, y ahora vive de lo que le produce un empleillo en las oficinas de un comerciante de Latakié, donde le traté ; y recuerdo que muchas veces me habló de un cuaderno de apuntes que escribi6 á instigacion de su patron en el curso de su vida nómade. — ¿ Y

creo *vm.*, dije á M. Mazolier, que ese joven consentiria en vendérmelos? — Creo que sí, repuso; lo creo tanto mas cuanto muchas veces me ha manifestado deseos de ofrecérselos al gobierno francés, pero nada es tan facil como cerciorarnos de ello; voy á escribir á Fatalla Sayeghir, que así se llama el joven Arabe. El Tártaro de Ibrahim-Bajá le entregará mi carta, y tendremos la respuesta al volver á Saide. — Hágame *vm.* el favor de encargarse de ese asunto, y puede *vm.* ofrecer por el manuscrito dos mil pias-tras.

Pasaron algunos meses antes de que me llegase la respuesta de Fatalla Sayeghir, y de vuelta en Berut, envié á mi intérprete á Latakíé á negociar directamente la adquisicion del manuscrito; aceptadas las condiciones y pagada la suma, M. Mazolier me trajo las notas árabes. Durante el invierno las hice traducir, con impropio afan, en lengua franca, y luego las traduje yo al francés, con lo que puedo ahora hacer disfrutar al público del fruto de un viage de diez años, que ningun viagero habia realizado hasta en-

tonces. La suma dificultad de esta doble traduccion debe hacer disculpar el estilo de estas notas, tanto mas cuanto el estilo importa poco en esta clase de obras, donde los hechos y las costumbres son todo. Tengo certeza de que el primer traductor no ha alterado cosa alguna, limitándose á suprimir algunas prolijidades y tal cual circunstancia que no era mas que una repeticion ociosa y que nada aclaraba.

Si esta relacion tiene interés para la ciencia, la geografia y la política, una sola cosa me quedará que desear, y es que el gobierno francés, á quien tan largos peligros y prolongados destierros estaban destinados á servir é ilustrar, manifieste una tardia gratitud al desgraciado Fatalla Sayeghir, cuyos servicios podrian hoy serle tan útiles. Lo mismo deseo para el joven y habil intérprete M. Mazolier, que ha traducido estos apuntes del árabe y me ha acompañado durante mis viages de un año por la Siria, la Galilea y la Arabia. Versado en el conocimiento del árabe, hijo de una madre árabe, sobrino de uno de los jeques mas poderosos y venerados del Líbano,

habiendo recorrido ya conmigo todos estos países, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazón á la Francia, este joven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

He aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

## RELACION

DE

## FATALLA SAYEGHIR.

.....

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir á establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé aficion y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla : al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistian en algodón, seda, vinos, esponjas y coloquintidas. El 18 de marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulacion, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó á Malta. Precisado por tamaña pérdida á declararme en quiebra, tuve que retirarme del comercio, y